

Natalia

Antes de que tus ojos conocieran la luz,
antes de que tus manos descubrieran el mundo,
antes incluso de que tu voz pronunciara su primer sonido,
ya habitabas en mi corazón.

No como un sueño.

No como una esperanza.

Sino como una certeza.

Porque hay amores que nacen con el tiempo,
y hay otros que Dios escribe desde la eternidad.

Tú eres uno de ellos.

Natalia.

Tu nombre llegó primero que tu presencia,
como llegan las melodías antes de la canción,
como llegan los amaneceres antes de que el sol aparezca.

Te llamé Natalia porque las mujeres más hermosas que conocí
llevaban ese nombre,
y en lo profundo de mi alma supe
que tú no serías la excepción.

Y no me equivoqué.

Porque has sido hermosa desde el primer instante.

Hermosa cuando eras apenas un susurro de vida.

Hermosa cuando cabías entre mis brazos.

Hermosa cuando aprendiste a caminar.

Hermosa ahora,
mientras creces entre la inocencia y la sabiduría,
entre la niñez que se despide lentamente
y la mujer admirable que comienza a florecer.

Pero tu mayor belleza
no habita en tu rostro.

Habita en tu alma.

En esa sensibilidad que te permite escuchar
lo que otros no perciben.

En esa dulzura que transforma los días difíciles.

En esa capacidad de amar
sin cálculo,
sin egoísmo,
sin condiciones.

Eres una de las respuestas más hermosas
que Dios ha dado a mi vida.

Una consolación divina para mi corazón.

Un abrazo del cielo
cuando más lo necesitaba.

Un recordatorio permanente
de que la bondad de Dios
también puede tener ojos,
sonrisa,
voz
y nombre.

Natalia.

A veces te observo en silencio
y me maravilla contemplar la obra que el tiempo va realizando en ti.

Porque estás creciendo.

Porque estás madurando.

Porque cada día descubro una nueva virtud,
una nueva fortaleza,
una nueva razón para admirarte.

Y entonces comprendo
que no solo te amo porque eres mi hija.

Te amo también por la persona extraordinaria
que estás llegando a ser.

Eres como una joya escondida
en medio de un inmenso bosque.

Una joya preciosa,
brillante,
irrepetible.

Y como toda joya valiosa,
mereces cuidado.

Mereces protección.

Mereces respeto.

Mereces que quienes te rodean comprendan
el tesoro que tienen delante de sus ojos.

Por eso quisiera detener el tiempo algunas veces.

Volver a aquellos días
en que cabías completamente en mi regazo.

Volver a sentir tus pequeñas manos
buscando refugio entre las mías.

Volver a besarte la frente
y convencer al mundo entero
de que nada malo podría alcanzarte mientras estuvieras allí.

Pero el amor verdadero comprende
que los hijos no nacen para quedarse pequeños.

Nacen para crecer.

Para descubrir sus alas.

Para escribir su propia historia.

Y aunque sé que el tiempo seguirá avanzando,
siempre habrá un lugar en mi corazón
donde seguirás siendo aquella niña preciosa
a quien deseo bendecir cada mañana.

Aquella hija que me enseñó formas nuevas de amar.

Aquella amiga con quien he construido conversaciones,
risas,

confianzas
y recuerdos que ninguna distancia podrá borrar.

Natalia,
si alguna vez dudas de tu valor,
recuerda esto:

Después de Dios,
eres uno de los tesoros más grandes que la vida me ha confiado.

No por lo que haces.

No por lo que logras.

No por lo que llegues a ser.

Sino simplemente porque eres tú.

Porque desde antes de nacer
ya eras amada.

Porque desde antes de hablar
ya eras escuchada.

Porque desde antes de caminar
ya eras esperada.

Y porque mientras exista un latido en mi pecho,
existirá también una oración elevándose al cielo
para pedir por tu felicidad,
por tus sueños,
por tu camino
y por tu futuro.

Que Dios te bendiga siempre, hija mía.

Y que nunca olvides
que una parte de mi corazón
camina por el mundo llevando tu nombre.

Natalia.

AUTOR: GERARDO IVÁN TORRES MAYA.